



ALTIERO SPINELLI

CÓMO TRATÉ DE HACERME SABIO

Edición a cargo de Marcello Belotti

Traducción de Francisco José Rodríguez Mesa



Icaria ♣ Antrazyt
POLÍTICA





Este libro ha sido impreso en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorine Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

La traducción de esta obra ha sido financiada por el SEPS
Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche



Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia - www.seps.it - seps@seps.it

Con la ayuda del Archivo Histórico de la Unión Europea



Título original: *Come ho tentato di diventare saggio*

© 1984 and 1987 by Società editrice il Mulino, Bologna. New edition 1999.

Edición a cargo de Marcello Belotti

© Traducción del italiano: Francisco José Rodríguez Mesa

© «La última batalla federalista»: Ernest Urtasun Domènech

© de la «Introducción»: Pier Virgilio Dastoli

© «Por una España europea»: Alexis Rodríguez-Rata

© De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Bailèn, 5 - 5 planta
08010 Barcelona
www.icariaeditorial.com

Fotografía de la cubierta: *Estrasburgo - Abril de 1985*. © *Communautés européennes*

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-9888-987-3

Depósito legal: B 6225-2019

Fotocomposición: Text Gràfic

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.

Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.





Este libro está dedicado a Antonio Megalizzi y Bartosz Orent-Niedzielski (Bartek), periodistas y jóvenes europeístas asesinados por la barbarie fundamentalista el 11 de diciembre de 2018 en Estrasburgo.

Gracias también a Ernest Urtasun Domènech, Pier Virgilio Dastoli, Anna Monjo Omedes, Alexis Rodríguez-Rata, Francisco José Rodríguez Mesa, Andrea Becherucci, Andrea Bonazzi, Carlos Vallejo Calderón, Chiara Tamburini, Christian Giardini, Daniela Aronica, Dieter Schlenker, Enric Cama Colomé, Enrico Banzola, Federico Spinetti, Gabriela Poblet Denti, Gabriele Panizzi, Giulia Gadaleta, Joan Botella Corral, Manuela Adorni, M. Àngels Espuny Solé, Maria Laura Bufano, Mario Leone, Massimiliano Rumignani, Matteo Altiero Dastoli, Monica Di Barbora, Paola Pecchioli, Sergio Pistone, Sigrid Huesken.

Y muchas gracias a Renata Colorni por su amable disponibilidad.

Marcello Belotti







ÍNDICE

La última batalla federalista, *Ernest Urtasun* 9

Introducción, *Pier Virgilio Dastoli* 15

CÓMO TRATÉ DE HACERME SABIO

Prefacio, *Ugo Berti Arnoaldi* 39

YO, ULISES

Proemio 49

Prólogo 51

- I. Los pecios del naufragio. 1907-1915 53
- II. Entre el colegio y la guerra. 1915-1918 65
- III. Descubriendo el mundo. 1918-1924 73
- IV. Clandestinidad y educación sentimental. 1924-1927 105
- V. A vueltas con la policía y la justicia. 1927-1928 141
- VI. Recluso número 3885. Lucca 1928-1931 153
- VII. Recluso número 9448. Viterbo 1931-1932 183
- VIII. Recluso número 5733. Civitavecchia 1932-1937 205
- IX. Ponza. 1937-1939 245
- X. Ventotene. 1939-1943 275





Primera Introducción a La Gota y la Roca 351

LA GOTA Y LA ROCA

Proemio 357

- I. La fundación del Movimiento Federalista Europeo
Agosto-septiembre de 361
- II. En busca de los federalistas en Europa durante la guerra.
septiembre de 1943 - mayo de 1945 383
- III. En el páramo nacional. Mayo de 1945... 415

POR UNA ESPAÑA EUROPEA

Altiero Spinelli y la lucha antifranquista, *Alexis Rodríguez-Rata* 433

Bibliografía 465





LA ÚLTIMA BATALLA FEDERALISTA

Ernest Urtasun¹

Esta edición de las memorias de *Altiero Spinelli* vienen a colmar un vacío incomprensible, ya que supone su primera edición en español desde su aparición en 1984.

Es un texto que merece ser releído y divulgado en el contexto europeo actual, cuando los viejos ideales de la federación europea vienen a ser puestos en jaque por un resurgimiento sin precedentes del nacionalismo más reaccionario en muchos de nuestros países, y cuando el proyecto europeo también en los últimos años ha avanzado demasiado despegado del sueño de la Europa próspera y en paz por la que luchó Spinelli.

La vida de Spinelli es la viva historia del siglo XX. Sus memorias son una extensión del histórico *Manifiesto de Ventotene* de 1944, ya que permiten conocer de primera mano el contexto y las reflexiones que llevaron al lanzamiento de uno de los textos más importantes de la historia del proyecto de integración europea.

A medias entre una confesión personal y un alegato político a partir de su trayectoria vital, las memorias de Spinelli enganchan desde la primera hasta la última línea. Desde el arranque en forma de primeros recuerdos de infancia tras su regreso como niño a Roma (tras el retorno familiar desde Brasil donde su padre ejercía de diplomático del Reino de Italia), el texto nos sumerge en la Italia de la antesala de la Primera Guerra Mundial, y la precisión de sus recuerdos nos permite pasear deliciosamente por rincones de la capital italiana que hoy probablemente ya no existen.

Desde su infancia el lector recorrerá la Italia del Reinado de los Saboya, el racionamiento y la vida escolar bajo la guerra y su impacto cultural en la sociedad italiana.

1. Ernest Urtasun Domènech (Barcelona, 1982) es diplomático de carrera y diputado en el Parlamento Europeo por Iniciativa per Catalunya-Verds desde 2014, adscrito al Grupo de Los Verdes/ALE.





Hijo de una familia laica socialista, su inquietud por la política llegó de muy joven, y se enroló en la histórica Federación de Jóvenes Comunistas Italianos, lo que lo llevó a la ruptura con su padre, en una época en la que el compromiso político era una auténtica opción de vida:

En un país libre y democrático la decisión de comprometerse seriamente con la política va acompañada inevitablemente de un sentimiento de vanidad. [...] Entrar a formar parte entonces, en 1924, del partido comunista no significaba subir a un escenario, sino bajar a un sótano. No había lugar alguno para la vanidad.

La trayectoria de Spinelli, como tantos otros personajes clave del siglo XX, es aquella de alguien que dedicó su vida al compromiso político hasta sus últimas consecuencias, lo que le costó pasar diez años de cárcel y seis de confinamiento. Estamos, por lo tanto, no ante alguien que se implicó en política. Estamos hablando de un POLÍTICO en mayúsculas, como tantos otros personajes clave en el siglo XX, sin los cuales es imposible entender la Europa antifascista que nace de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial.

Su trayectoria personal en la Roma del primer cuarto de siglo, como niño y estudiante, y su paso por la cárcel son sin duda factores decisivos que lo empujan a dar el salto a su militancia federalista. Spinelli vivió el desgarró de las grandes conflagraciones europeas, el hundimiento de unas sociedades destruidas moralmente por el choque de sus viejos nacionalismos. Es por ello que, tal y como él mismo explica, su intuitiva apuesta por el internacionalismo y el cosmopolitismo, el deseo de construir un nuevo orden global que dejara atrás la guerra, es lo que lo lleva a abrazar el federalismo europeo, y lo que explica también por qué decide optar por la militancia comunista en 1924. El comunismo, al fin y al cabo, plasma su deseo de construcción de un nuevo orden global:

Para muchos de mis coetáneos la guerra mundial fue la matriz de un nacionalismo exacerbado. Yo siempre he estado entre aquellos que, precisamente como consecuencia de la guerra, experimentaron una antipatía irremediable hacia palabras como nación o patria y hacia sus pretensiones de acaparar el alma humana. El comunismo de Lenin y de Trotski, con su severa condena a todos los que habían traicionado a la Internacional, con su llamada a la revolución socialista, de la que la revolución rusa solo pretendía ser un preludeo, era la gran experiencia supranacional que encajaba con mi espontáneo cosmopolitismo. Al hacerme comunista no pretendía mostrar una oposición al fascismo italiano ni apoyar un ideal determinado en la política italiana, sino que sobre todo me mostraba





contrario al capitalismo y al imperialismo mundiales apoyando un nuevo orden mundial.

Luego vino el desencanto y la denuncia del estalinismo estando ya en confinamiento. Es impresionante leer los condicionantes de esa ruptura con el Partido en 1937 que él mismo provoca. Un paso difícil de dar estando en una isla carcelaria, puesto que su expulsión provocó un aislamiento aún mayor al quedar fuera del vínculo más estrecho del que gozaba con el exterior, que eran las redes de comunicación de los presos comunistas, que pasaron automáticamente a ignorarlo. Un paso que uno solo puede dar desde el convencimiento de que las atrocidades del estalinismo, plasmadas en aquel momento por los juicios de Moscú en 1936, merecen ser condenadas.

Al ser liberado, punto en el que terminan las memorias, es espectacular cómo él mismo reconoce su aislamiento político, y como inicia su batalla federalista prácticamente en solitario, lo que lo llevó incluso a afiliarse a un pequeño partido, el Partido d'Azione, una fuerza que había sido decisiva cualitativamente en la Resistencia y en la redacción de la Constitución, pero que no supo enfrentar la realidad de los nuevos partidos de masas.

Hombre de firmes convicciones sociales, es una constante en su vida su pelea por aunar progreso social a partir de principios fuertemente democráticos, librando una batalla sin cuartel para que la izquierda italiana apostara decididamente por liderar el proyecto europeo. Idea que queda plasmada en una carta que escribe en 1976 a Giuseppe Averardi contenida en estas memorias:

La unidad federal europea es el único medio válido para volver a dar vitalidad y fecundidad al modo de vivir democrático de nuestras naciones. [...] Para que la construcción europea deje de estar encallada es necesario que las izquierdas se comprometan cada vez más en tal acción con la ambición de ejercitar un liderazgo sobre las vastas fuerzas que participan en la construcción.

Es interesante, a la vez, ver cómo Spinelli rememora los orígenes del movimiento federalista haciendo una profunda autocrítica también sobre su falta de lucidez, en algunos momentos, que le impidieron leer bien el momento político en el que se encontraba una Europa que ya había perdido la centralidad del siglo XIX. Particularmente interesante es esta reflexión sobre la redacción del *Manifiesto de Ventotene*:

era más grave que no hubiésemos previsto que los europeos, tras el final de la guerra, no serían dueños de su propio futuro, sino que, al dejar de ser el centro del mundo, estarían condicionados por poderes extraeuropeos.





También es apasionante releer hoy, en tiempos del Brexit, como los federalistas en los años cincuenta consideraban a Inglaterra como la gran esperanza federadora para Europa:

[en Inglaterra] descubrimos los incunables del federalismo europeo. En el seno de aquel gobierno Attlee proclamaba que «Europe must federate or perish» [...]. Inglaterra podía ser en nuestra opinión, el centro del renacimiento europeo.

Fue en la literatura política inglesa de los años treinta donde descubrimos el federalismo europeo, fue Churchill quien le propuso al Gobierno francés en 1940 que fundiesen en un único Estado sus naciones.

Tras ejercer de comisario europeo de 1970 a 1976 nombrado por el gobierno italiano, fue precisamente el PCI de Enrico Berlinguer, faro de la izquierda europea y española en los años setenta, quien a partir de su inequívoca apuesta por un comunismo democrático y europeísta lo convence para que regrese al Partido en 1979, como candidato independiente en las primeras elecciones al Parlamento Europeo con sufragio universal. Él mismo describe ese reencuentro con su partido al afirmar sobre el PCI que el partido ha asumido que:

Su batalla política solo tiene sentido en la democracia y por la democracia y, por otra, que esta solo puede librarse en el marco y en la perspectiva de la unidad democrática de Europa occidental.

El PCI de Berlinguer con Spinelli entre los candidatos obtiene entonces más de 10 millones de votos y 24 escaños, detrás de la Democracia Cristiana, en una lista que lideraría el propio Berlinguer.

El Altiero Spinelli parlamentario, que lo fue de la Cámara italiana de 1976 a 1983, y del Parlamento Europeo de 1979 hasta su fallecimiento en 1986, denota la ambición del político infatigable al final de su vida. Spinelli se convierte en el ponente en la Comisión Institucional del Parlamento Europeo que impulsaría el proyecto de tratado para la Unión Europea, aprobado el 14 de febrero de 1984, que fijaba como objetivo la consecución de una Unión Federal, con elementos tan revolucionarios, incluso hoy, como la generalización de la mayoría cualificada en el Consejo. Y proponiendo por ejemplo la codecisión, generalizada hoy pero inexistente entonces. Los Estados Miembros, en un primer momento, deciden ignorar por completo el texto, hasta que François Mitterrand, en una alocución histórica el 24 de mayo de 1984 ante el Parlamento Europeo, decide apoyar el proyecto. El Acta Única europea de 1986, y el desarrollo institucional posterior de la UE, no se entienden sin ese informe parlamentario de Spinelli. Un informe que





de alguna forma es su testamento político federalista, y la plasmación en un proyecto parlamentario de toda una vida dedicada a Europa.

No renunciar a Europa

Spinelli confiesa en algún momento de sus memorias sentir una profunda frustración por el escaso avance logrado a lo largo de todos estos años de militancia federalista. En el «Proemio» del segundo libro, la *Gota y la Roca*, divide su acción política a lo largo de su vida en seis ciclos, que van desde 1943 y el renacimiento democrático de Europa, hasta los años ochenta y su voluntad de que el Parlamento Europeo asumiera un papel constituyente en la construcción europea.

Cada una de esas aventuras terminó con una derrota de sí misma y también mía.

Creo que este sentimiento de Spinelli denota una constante sensación de derrota de todos aquellos que han trabajado en algún momento de su vida en favor del proyecto europeo. Siempre se llega tarde y jamás se es lo suficientemente valiente para ir lo suficientemente lejos. Un sentimiento hoy extendido entre una gran parte de la población, y también una parte de la izquierda, que, ante los retrocesos democráticos, sus acciones de corte a veces autoritario, la irracionalidad de muchas políticas desarrolladas en la Unión en los últimos años, y la falta de voluntad política para acometer reformas esenciales, optarían por asumir el inevitable destino de la implosión del proyecto de integración, cuando no una apuesta decidida por esta.

En 2019 se debe mirar a la cara a la profunda crisis que vive hoy el proyecto europeo. Pero si algo podemos aprender de la espectacular trayectoria de Spinelli es que el proyecto europeo se construye derrota tras derrota, pero sin abandonar jamás. Las memorias de Spinelli leídas hoy son una invitación a no renunciar nunca a Europa.

El sueño federalista europeo en el siglo XX no fue otra cosa que la firme voluntad de enterrar para siempre el fascismo, impulsado por aquellos que lo vivieron en carne propia. Fue el combate de su generación. En 2019, el combate en favor del proyecto europeo probablemente vuelve a ser hoy más que nunca el combate central de las futuras generaciones. No solo ya para impedir el avance de la guerra y el fascismo, amenazas que vuelven a emerger, sino para afrontar retos que solo puede abordarse desde la soberanía europea. La federación es hoy, más que nunca, la única respuesta democrática posible frente al avance de la globalización neoliberal y las tentaciones nacionalistas de repliegue y exclusión, y frente a un nuevo orden global que dibuja una nueva Guerra Fría protagonizada por el auge de grandes potencias de corte





autoritario, a partir del desmontaje del multilateralismo y el derecho internacional como pilares de la sociedad internacional.

La federación europea fue el sueño de una generación para la construcción de un nuevo orden global. Esa aspiración vuelve a ser hoy más vigente que nunca, y debe ser liderada, como reclamó Altiero Spinelli, por la propia izquierda social y política.





INTRODUCCIÓN

Pier Virgilio Dastoli¹

Altiero Spinelli nace el 31 de agosto de 1907 en Roma, en el número 17 de la calle Uffici del Vicario, donde hoy en día se encuentra el edificio de las formaciones políticas con presencia en la Cámara de los Diputados.

En 1924 se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad de Roma y a la vez da comienzo a su actividad política antifascista en una Italia que llevaba dos años sometida al régimen totalitario que surgió tras la Marcha sobre Roma en octubre de 1922, con la ilegalización de los partidos políticos y la disolución del Parlamento. Tras afiliarse a las Juventudes Comunistas, en 1927 es detenido en Milán y condenado por el Tribunal Especial para la Conspiración contra los Poderes del Estado a dieciséis años y ocho meses de reclusión. Transcurre diez años entre las prisiones de Lucca, Viterbo, Civitavecchia y Roma hasta que, en enero de 1937, es trasladado en primer lugar a la cárcel de Regina Coeli, después, en marzo, al confinamiento en Ponza (de 1937 a 1939) y, por último, a Ventotene (de 1939 a 1943).

Se va alejando progresivamente de la ideología del Partido Comunista desde 1931 al apoyar la necesidad de luchar a favor de la «libertad proletaria» hasta que es expulsado del Partido en 1937 «por desviación ideológica y arrogancia pequeñoburguesa».

En Ventotene, en el invierno de 1940 a 1941, escribe junto a Ernesto Rossi el «Manifiesto para una Europa libre y unida», fruto de reflexiones que surgen en el seno de un grupo de confinados entre los que también se encon-

1. Pier Virgilio Dastoli (Roma, 1949). Licenciado en derecho por la Universidad La Sapienza de Roma, en 1972. Asesor de Altiero Spinelli en los parlamentos Italiano (1977-1983) y Europeo (1977-1986). Junto a Altiero Spinelli y Felice Ippolito fundó y dirigió la revista *Cocodrillo: Lettera ai Membri del Parlamento Europeo* (1980-1983; 1990-1996). Actualmente es presidente del Consejo Italiano del Movimiento Europeo (desde 2010).





traban —además de Eugenio Colorni, su mujer Ursula Hirschmann y Ada Montanari, esposa de Rossi— Dino Roberto, Giorgio Braccialarghe, Arturo Buleghin, Lazar Fundo, Enrico Giussani y Stavro Skendi. El Manifiesto se completará en junio de 1941.

Ursula y Ada llevarán de forma clandestina el Manifiesto a la península italiana y este se difundirá primero en Roma y luego en Milán en los círculos antifascistas socialistas y de Giustizia e Libertà, liderados por Mario Rollier y Adriano Olivetti. Cuando Eugenio Colorni fue confinado en Melfi, Ursula entregó el Manifiesto también a Manlio Rossi Doria y a Franco Venturi.

El Manifiesto se publica por primera vez en Milán en 1943 y Eugenio Colorni lo vuelve a publicar en Roma al año siguiente.

Tras la puesta en libertad y la caída del fascismo (25 de julio de 1943), Altiero Spinelli funda en Milán a finales de agosto de 1943 el Movimiento Federalista Europeo y promueve, junto a Ursula, distintas iniciativas federalistas, especialmente en Francia y en Suiza. Toma parte en la Resistencia contra el nazi-fascismo y se afilia al Partito d'Azione, que abandonará en 1946.

En 1948 es elegido secretario del Movimiento Federalista Europeo, tras lo cual se convierte en miembro del Bureau Exécutif y delegado general de la Union Européenne des Fédéralistes (UEF).

En la postguerra lucha a favor de la promoción de la causa del federalismo europeo, en especial con las iniciativas para la creación de la Comunidad Europea de Defensa (CED) junto a una Comunidad política y, tras la caída de la CED (30 de agosto de 1954), con el Congreso del Pueblo Europeo (CPE).

En los años sesenta forma parte de la Asociación de cultura política «il Mulino» y trabaja como profesor visitante en la sede boloñesa de la Johns Hopkins University. En 1963 funda el Centro de Iniciativa Democrática Europea (CIDE) y, en 1965, el Instituto de Asuntos Internacionales (IAI). Entre 1968 y 1969 es asesor de Pietro Nenni, Ministro de Asuntos Exteriores.

Entre julio de 1970 y junio de 1976 ocupa el cargo de Comisario Europeo de Industria y Emprendimiento e Investigación.

En junio de 1976 es elegido diputado en la Cámara italiana, a la que se presenta como independiente en las listas del Partido Comunista Italiano, preside el Grupo mixto y, en octubre, pasa a formar parte de la delegación italiana en el Parlamento Europeo. El 3 de junio de 1979 es elegido de nuevo diputado para la Cámara italiana y, una semana después, para el primer Parlamento Europeo constituido por sufragio universal y directo. Forma parte de la Comisión presupuestaria, donde luchó por los Fondos Regionales, de los recursos propios, de los préstamos comunitarios y del conflicto con los gobiernos para los gastos e ingresos europeos. Más tarde, Altiero Spinelli crea y anima la iniciativa a favor de la constituyente del Parlamento Europeo (el denominado Club del Coccodrillo, que toma el nombre del restaurante donde se celebra la primera





reunión de diputados el día 9 de julio de 1980 que promueven esta propuesta), que lleva a la aprobación, el 14 de febrero de 1984, del Proyecto de Tratado que instituye la Unión Europea.

Altiero Spinelli vuelve a ser elegido diputado al Parlamento Europeo el 17 de junio de 1984, donde ocupa el cargo de Presidente de la Comisión de Asuntos Institucionales.

Muere en Roma la mañana del 23 de mayo de 1986 y sus cenizas se conservan en el cementerio de la isla de Ventotene, donde cada año a principios de septiembre, desde 1982 y por iniciativa del mismo Spinelli, se dan cita cientos de jóvenes federalistas europeos procedentes de todo el continente.

El edificio del Parlamento Europeo en Bruselas fue dedicado en 1997 a Altiero Spinelli y la RAI produjo en 2014 una película (*Un nuovo mondo*) basada en su vida.

Las cartas de Altiero Spinelli se conservan en el Archivo histórico de la Unión Europea en la Villa Schifanoia (Florencia) y la Comisión Europea creó en 2017 un Spinelli Prize que se otorga cada año.

Recorrer la vida de Altiero Spinelli hasta su puesta en libertad tras el confinamiento carece de sentido en una introducción a su autobiografía, que aquí se publica de manera integral. En el primer volumen (*Cómo traté de hacerme sabio: Yo, Ulises*) narra su «prehistoria personal [...] un libro casi intimista, porque evoca algunos de los innumerables acontecimientos que explotaron en la cabeza y en el corazón de una persona a la que no le sucedió nada más allá de una sucesión de sombras de la realidad». En el segundo volumen, que quedó inacabado (*La gota y la roca*), describe los primeros años de su «verdadera vida», cuando trabajó «sobre la hipótesis de un renacimiento democrático impetuoso que partiría de la destrucción del orden europeo del pasado y de casi todos los estados-nación de Europa» con la fundación del MFE y la acción supranacional en Suiza y Francia hasta 1945.

Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y 1947 hay un margen de dos años en los que el «hombre de la obra» y el «hombre de la acción» (según las definiciones de Heidegger y Weil) se vuelve a encontrar solo, como le sucediera tras el confinamiento, consciente de que la «previsión de una Europa cuyas estructuras estatales colapsarían y en la que, sin embargo, los pueblos podrían decidir libremente sus suertes» no se había llegado a verificar. Spinelli añadía amargamente que, «en estas condiciones, hablar de la unificación federal europea no tiene sentido, pues Europa carece de cualquier atisbo de fuerza centrípeta». En estos años se sitúa el «inútil» intermedio de una vida política nacional dividida entre el Partido d'Azione y el Movimiento de la Democracia Republicana.





Sin embargo, la oportunidad esperada se vuelve a presentar el 5 de junio de 1947, cuando el secretario de Estado americano, George Marshall, anuncia —en un discurso histórico pronunciado en la Universidad de Harvard— un plan de reconstrucción económica para los países europeos y delinea con claridad sus objetivos aludiendo a una política común europea.

Spinelli había anticipado el anuncio de Marshall en un artículo de 1946 titulado «Aurora o crepúsculo de la democracia», en el que sostenía que el «plan perfecto» para la reconstrucción económica «sería un plan mundial que tuviese en cuenta todas las interdependencias existentes». Sin embargo, un plan económico «presupone un poder público que lo elabore y que imponga su ejecución [...] el punto políticamente decisivo del que pueda derivar un cambio de curso en los acontecimientos que hasta ahora se han observado solo puede venir de los Estados Unidos de América».

Tras el anuncio del Plan Marshall, Spinelli cree que se ha vuelto a presentar una ocasión a la que las democracias europeas se tienen que aferrar y aprovechar agrupándose en una federación europea, aunque sea parcial, y permaneciendo abiertas «al resto de pueblos europeos [...] que haya que reconquistar pacífica, pero progresivamente para la implantación de los valores y las instituciones de la civilización democrática».

Los países europeos, vencedores y vencidos, salieron del segundo conflicto mundial dramáticamente exangües. El orden político e institucional de cada Estado debía resurgir del vacío que el nazismo había provocado. Las economías nacionales debían reconstruirse por completo.

Altiero Spinelli interpretó los intereses americanos y, sobre todo, el Plan Marshall como una posibilidad de poner fin a los nacionalismos económicos de los países europeos y de crear una estructura similar a la americana: los Estados Unidos de Europa. En una serie de artículos y cartas, Spinelli exhortó a no desperdiciar la ocasión que se le presentaba a Europa de beneficiarse de las ayudas económicas siempre y cuando los estados europeos aprovecharan la oportunidad para poner en marcha un proceso común de reconstrucción y recuperación. Este proceso necesitaría de un organismo federal, similar al estadounidense, y de un gobierno supranacional capaz de gestionar dichas ayudas. Sin embargo, sus esperanzas chocaron con las exigencias primarias de la estrategia global de la Guerra Fría, que daba preferencia a las políticas nacionales.

A pesar de todo ello, Spinelli, de nuevo activo en el movimiento federalista, prosiguió con su acción en Italia organizando junto a Ernesto Rossi un gran mitin a favor de la reconstrucción de la sección del MFE de Roma en el que participaron numerosos exponentes del mundo político y cultural italiano. Con todo, el acontecimiento más relevante fue la iniciativa a favor de la Unión Europea por parte de los federalistas, como consecuencia de la cual se celebró, entre el 7 y el 11 de mayo de 1948, el primer congreso europeo





en La Haya, al que asistieron muchos dirigentes de la Europa occidental y los principales líderes de los movimientos federalistas bajo la protección de Winston Churchill. Spinelli aprovechó la ocasión para hacer hincapié en el valor federalista de aquel congreso:

La idea de celebrar un gran encuentro internacional a favor de la unificación de Europa será de gran valor siempre y cuando su objetivo sea el que llamar la atención de la opinión pública internacional e indicar como meta común del trabajo de todas las fuerzas democráticas europeas la creación de los Estados Unidos de Europa mediante una asamblea constituyente. Sin embargo, una propaganda genérica a favor de la unidad europea como modo de salvaguardar la paz no servirá para nada... (*Nota para el Congreso de La Haya de la UEF*)

Sin embargo, el único fruto del Congreso fue la creación de un organismo carente de poder real, el Consejo de Europa, que tenía una función exclusivamente consultiva y cuyo objetivo era «conseguir una unión más estrecha entre sus miembros mediante la discusión de cuestiones de interés común, con acuerdos y a través de una actuación común en los ámbitos económico, social, cultural y científico» a la vez que se hacía hincapié en que «las cuestiones que conciernen a la defensa nacional se escapan de la competencia del Consejo de Europa».

Se trataba de la confirmación, como temía Spinelli, de que en La Haya había prevalecido la retórica típica de las declaraciones solemnes sobre la concreción y el valor de las decisiones políticas.

Daba comienzo la política «funcionalista», consistente en un proceso gradual de integración europea, que en poco tiempo llevaría, gracias a la propuesta de Jean Monnet, al nacimiento de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero. Esto es, a la creación de una autoridad supranacional que gestionaría, regularía y comercializaría la producción de carbón y acero entre Francia y Alemania y entre el resto de los países que se adheriesen.

El proyecto a favor de la creación de otra Comunidad, en esta ocasión de defensa (CED), que unificase en un solo ejército y bajo una estrategia común a todas las tropas y todas las políticas individuales de los estados europeos resucitó las esperanzas de quienes seguían creyendo en la integración federalista. Aprovechando esta iniciativa, la CED trató de alcanzar también un acuerdo para la elaboración de una constitución política europea.

El principal problema en torno al cual orbitaba la cuestión y que dividía ferozmente a Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos tenía que ver con el rearme de Alemania. Evidentemente, París era contrario a dicho rearme, mientras el resto de países lo interpretaban, en el marco de un ejército europeo, como una posibilidad de controlar y gestionar las eventuales actuaciones





militares germanas. Tras una serie de encuentros y conferencias en París, en Liguria y en Lisboa, por fin, el 27 de mayo de 1952 se llegó a adoptar una postura que parecía satisfacer a todos.

Fue un período de trabajo frenético para Spinelli, que relanzó la iniciativa federalista mediante una petición popular a favor de la convocatoria de una Asamblea constituyente europea. En poco tiempo consiguió reunir 450.000 firmas, incluida la del primer ministro italiano Alcide De Gasperi.

El proyecto de tratado para la Asamblea fue aprobado por la Cámara de los Diputados italiana y presentado ante el presidente de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, Henry Spaak. Poco tiempo después, De Gasperi —que había asumido una postura claramente federalista y había llegado a un acuerdo con Schuman y Adenauer— instó al Consejo de Ministros de la CEEA para que admitiese a otros nueve miembros y transformase la Comunidad en una Asamblea *ad hoc* que esbozaría en seis meses un proyecto de tratado para fundar la Comunidad política europea.

De forma paralela al comité de actuación, se instituyó un comité de estudios para la Constitución europea, que estaba compuesto por juristas y dirigentes federalistas y que tenía la misión de definir el contenido de la Constitución federal que debería entrar en vigor. Spinelli formó parte de este comité y participó activamente en la redacción del proyecto escribiendo varios informes y documentos de otra índole.

Todo parecía presagiar que, por fin, algo estaba cambiando en el escenario político europeo y Altiero Spinelli intuyó el alcance potencial de ello, aunque no ignoró que el camino que quedaba por recorrer era aún largo:

En mi opinión, en los meses de agosto y de septiembre comenzó la revolución europea. No hay revueltas ni muertos, pero han aparecido algunos órganos europeos —de dudosa legitimidad— a los que ya han cedido parte de sus poderes los viejos órganos legales (los estados). Ya existe una autoridad para el carbón y para el acero que, en sus primeros momentos, se presentó como el primer núcleo de un gobierno europeo. Hay estados ajenos a ella que reconocieron este hecho y enviaron embajadores. Ya existe una Asamblea a la que los ministros se han dirigido para pedir la elaboración de la Constitución europea, renunciando a redactarla ellos mismos. Asimismo, existe un movimiento interno entre las fuerzas y las organizaciones interesadas en la causa europea que persigue alcanzar una unidad más eficaz, puesto que lo que hasta ahora ha sucedido —como en los albores de todas las revoluciones— no se puede calificar como una victoria, sino como la mera creación de las condiciones favorables para una batalla con serias posibilidades de victoria. (Altiero Spinelli, *Diario Europeo 1948-1969*, pp. 154-155)





El 10 de marzo de 1953 la Asamblea, reunida *ad hoc* en Estrasburgo, votó el proyecto de tratado de Constitución formulado por el Comité presidido por Spaak y apoyado por Spinelli, que era el autor material de las nueve resoluciones que tenían que ver con el preámbulo de la Constitución, la composición y función de los órganos y las competencias de la Comunidad en materia de defensa, de política exterior y de economía.

Aquella misma noche, Spinelli escribía las siguientes palabras en su diario:

Esta noche a las nueve y media la Asamblea *ad hoc* ha terminado su trabajo. El proyecto de constitución europea está listo. Con sus defectos y con su germen revolucionario. Esta fecha será insignificante y caerá en el olvido si el proyecto no se ratifica. Si la Comunidad nace, será una fecha que se recordará durante siglos.

Sin embargo, una vez más, la última decisión para aprobar o rechazar el CED y, por ende, el proyecto a favor de la Comunidad política, correspondía a los estados.

En Italia De Gasperi se había retirado de la escena política tras la derrota en las elecciones de 1953 y en Francia el CED era víctima de rémoras, de dudas y de la postura cauta y neutral en demasía que Monnet había mantenido durante los debates en la Asamblea. Con este panorama, no era fácil presagiar que el proyecto se aprobase. En Roma, Giuseppe Pella, que sucedió a De Gasperi como presidente del Consejo de Ministros, prefirió esperar a la decisión del gobierno francés. El 30 de agosto de 1954 la Asamblea Nacional Francesa, al votar un proceso que retrasaría el debate sobre el CED a una fecha por determinar, acabó con el futuro del proyecto y de la utilidad del trabajo hasta entonces llevado a cabo incluso antes de que pudiera ponerse en práctica.

Las tácticas de la Guerra Fría y los intereses individuales de cada Estado seguían interponiéndose en el destino de Europa e impedían que pudiese materializarse cualquier proyecto federalista.

La época de los gobiernos europeístas acabó el 30 de agosto y los estados democráticos de Europa ahora tratan de establecer una convivencia normal entre sí sirviéndose del sistema tradicional de alianzas entre estados soberanos. Palabras como «Europa», «Unión» y otras similares no son ya más que polvo que nubla la vista de los necios. La primera consecuencia que se deriva de esto para los federalistas es que los métodos de acción que se han empleado hasta ahora carecen ya de significado. Inspirar o sugerir eran acciones que tenían sentido cuando existían gobiernos dispuestos a dejarse inspirar y aconsejar, cuando había ministros convencidos de que había que emprender el rumbo hacia las instituciones supranacionales [...]. Hoy los





gobiernos europeos vuelven a estar bajo la influencia predominante de las fuerzas sociales y políticas del conservadurismo nacionalista y, por ello, se han vuelto totalmente sordos a cualquier tipo de sugerencia o de aspiración federalistas. Es este cambio en las circunstancias de nuestra lucha —y no otros errores imaginarios en nuestra política pasada— el que ahora exige que los federalistas modifiquen su forma de lucha.

En este artículo, publicado en octubre de 1954 en la revista *Europa fédérata*, Altiero Spinelli indicó con estos términos la nueva hoja de ruta de la acción federalista. Hasta entonces se había adoptado una política dirigida a los vértices y basada en la colaboración con los gobernantes y en la presión sobre la clase política. A diferencia de ello, ahora se debía partir desde abajo para buscar en el consenso y en la movilización popular la fuerza necesaria para promover la convocatoria de una asamblea constituyente europea.

Los federalistas tienen que pedir que los pueblos libres europeos elijan una asamblea constituyente europea y que la constitución que esta vote sea ratificada mediante un referéndum popular [...]. Todo lo que tenemos que obtener de los gobiernos y de los parlamentos nacionales es que abduquen de su soberanía ilegítima en aquellos ámbitos en los que ya no saben ejercerla y que acepten convocar una constituyente europea.

La preparación para esta nueva acción, tan diferente de las que hasta ahora hemos llevado a cabo y, sin embargo, tan profundamente coherente con ellas es nuestro deber actual.

La posición del propio Spinelli en la escena política europea cambió como consecuencia de la acción que él mismo había decidido emprender. Pasó de ser un «consejero del príncipe» a ser el radical promotor de una protesta popular contra la Europa de los gobiernos, tratando de este modo de movilizar ese difundido sentimiento europeísta que había sido traicionado por los intereses nacionales que hasta entonces habían perpetuado los estados europeos. Spinelli determinó cuáles serían las líneas de acción del «nuevo rumbo» en un opúsculo titulado *Combat pour le peuple européen*, que se publicó en 1955.

El primer objetivo era la convocatoria en numerosas ciudades europeas del Congreso del Pueblo Europeo, un órgano formado por ciudadanos europeos cuyos delegados electos deberían redactar la Constitución europea. El derecho potencial de crear un organismo federal europeo con poderes reales que fuesen más allá de los filtros nacionales dejaba de ser ahora competencia de los estadistas para pasar a ser consecuencia de la elección democrática del pueblo europeo. La iniciativa, que consiguió un amplio consenso y que





implicó a personalidades provenientes de distintas áreas políticas, gozó de un enorme éxito en sus comienzos.

De modo paralelo a esta acción «desde abajo», los gobiernos europeos dieron comienzo a una serie de encuentros y negociaciones que desembocaron con la firma en Roma, el 25 de marzo de 1957, de los tratados que estipulaban el nacimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE) y de la Comunidad Europea de la Energía Atómica (Euratom). Al día siguiente de la firma de los dos tratados, Altiero Spinelli ratificaba su posición y la de los federalistas con respecto a dichos tratados en un artículo («La beffa del mercato comune») que luego se publicó en *Europa federata* el 12 de julio de 1957:

El problema que concierne a la verdadera unificación de Europa ni siquiera se ha abordado en estos dos tratados y permanece intacto. Las cuestiones europeas que se han convertido en comunes y que solo pueden gestionarse mediante leyes comunes y acciones gubernativas comunes seguirán, en realidad y a pesar de todos los tratados «europeos», en manos de los estados nacionales... Por consiguiente, los federalistas han hecho bien al no preocuparse en modo alguno por la suerte de estos dos tratados denominados europeos. Nuestro objetivo sigue siendo la construcción de una fuerza política europea que exija a nuestros gobiernos la convocatoria de la asamblea constituyente europea. Todo lo demás es palabrería.

Tras catorce años de militancia activa, tras haber sido guía y líder de un movimiento que él mismo creó a favor de la materialización de una Europa federal, Altiero Spinelli —cansado, pero no resignado— cerró un largo capítulo de su vida el 25 de junio de 1962 y concluyó el «nuevo rumbo» federalista. En aquel momento, Spinelli se retiró de la vida política activa y prefirió reconsiderar y reflexionar sobre la situación y sobre el futuro de Europa.

Junto al gran crecimiento económico, los países que recibieron las ayudas del Plan Marshall estaban experimentando un punto muerto por lo que a la política se refiere. El dominio en la escena europea de Charles de Gaulle caracterizó una década en la que los Estados nacionales asumirían y gestionarían el control de la política europea a pesar de los tentativos de integración federal y condicionando —cuando no paralizando— el desarrollo de las instituciones comunitarias.

Este era el panorama que se presentaba ante los ojos de Spinelli cuando, en 1962, la Johns Hopkins University de Bolonia le propuso impartir un curso «sobre el funcionamiento de las Comunidades», que Spinelli aceptó de buen grado.

Sin embargo, no se trató de una retirada, sino que Spinelli se convirtió entonces en promotor de otra batalla, en esta ocasión a favor de la democratización de las instituciones comunitarias, apelando a todas las fuerzas polí-





ticas y culturales para que llegaran a ser «protagonistas del crecimiento y del fortalecimiento de la democracia en Europa». Publicó una serie de artículos y organizó congresos sobre las funciones de la Comunidad, reconsiderando el valor y el significado político del Mercado Común. No obstante, al mismo tiempo definía este último como «una construcción sobre la arena», en la medida en que los cimientos sobre los que se apoyaba la estructura comunitaria eran extremadamente lábiles, puesto que se erigían sobre equilibrios precarios como los de las leyes del mercado económico. Faltaba precisamente la parte política, y con la contribución de las fuerzas a las que se dirigía Spinelli se habría podido llegar a la construcción de una democracia europea:

[...] con sus organismos propios, con la participación popular mediante elecciones a un verdadero Parlamento Europeo, con la presencia de los sindicatos en los órganos que determinan la política económica y social europea, con un auténtico gobierno capaz de planear la economía común, de organizar y controlar la defensa común [...], de contribuir a la paz y no a la carrera de poderes en el mundo. El punto de partida hacia este objetivo no es la nada, sino lo poco que ya existe de una Europa unida en el ámbito del Mercado Común y de la defensa común. (Edición de A. Spinelli, *Che fare per l'Europa*, Comunità, 1963, p. 28)

Sobre este punto de partida Spinelli basó la nueva batalla para la democratización de las instituciones europeas, pidiendo ayuda y presionando a las fuerzas de centroizquierda que en aquellos años estaban comenzando una nueva fase de gobierno en Italia.

Precisamente para apoyar las nuevas políticas que se estaban emprendiendo con este rumbo, Altiero Spinelli fundó, en diciembre de 1963, el CIDE, el Comité italiano para la democracia europea. Con el CIDE, al que se adhirieron numerosas personalidades de la cultura y la política, Spinelli promovió una serie de estudios, encuentros e iniciativas que se proponían sensibilizar las actividades del gobierno con el fin de emprender una acción decidida a favor de la democratización de la Comunidad europea. Ante todo, se convocó en Roma, el 15 y el 16 de febrero, un congreso que llevaba por título «Una iniciativa italiana a favor de la democracia europea». En su seno, Spinelli presentó un documento elaborado junto al democristiano Leopoldo Elia, al socialista Mario Zagari y al socialdemócrata Aldo Garosci en el que se exhortaba a las fuerzas políticas europeas a que diesen:

El primer y decisivo paso en la construcción del poder político europeo [que] puede y tiene que consistir en un desarrollo orgánico de las instituciones comunitarias con el fin de hacer que avance la política económica comunitaria permitiendo que estas se conviertan en el núcleo de cual-





quier otro eventual poder nacional [...]. Tal desarrollo puede perseguirse mediante tres líneas:

- a. Desarrollo progresivo de los poderes de la Comisión mediante la extensión de la política económica común y, por lo tanto, la asunción de nuevas competencias por parte de la burocracia europea.
- b. Desarrollo del Consejo de Ministros nacionales mediante su transformación desde la actual función de poderes que deliberan acerca de las propuestas de la Comisión hasta un organismo que prepare y determine la política común (no solo económica, sino también y eventualmente en otros ámbitos).
- c. Desarrollo del Parlamento Europeo mediante su elección directa y la atribución al mismo de una serie de funciones deliberativas.

[...] Partiendo de la construcción de las instituciones que rigen intereses concretos comunes hay que llegar ahora a su democratización.

Cuando el gobierno italiano haga propio este plan deberá ser consciente de que no se trata de una escaramuza diplomática, sino de una batalla ideal y práctica que será larga, que encontrará resistencias y oposiciones y que solo se podrá vencer si se combate con tenacidad. (En *Quaderno del CIDE*, n.1, Roma, 1964, pp. 17-20)

Spinelli también presentó este documento tanto en Montreux, donde se celebraba el Congreso del MFE, como en la sesión de los estados generales de los Comunes de Europa y propuso emprender de forma unida esta nueva batalla a favor de la ampliación de las competencias de los organismos comunitarios y a favor de la democratización de las instituciones.

El nuevo lanzamiento de esta iniciativa pasó a las manos del Presidente de la Comisión ejecutiva, Walter Hallstein, que se convirtió en portavoz de este proyecto ante los estados miembros. La Francia de Charles de Gaulle se opuso y el plan fracasó.

A pesar de que la tensión que regía los destinos federalistas estaba perdiendo peso de nuevo tanto en Europa como en Italia, Spinelli fundó en el verano de 1965 el Instituto de Asuntos Internacionales (IAI). Tras los pasos del CIDE, que había cesado en sus actividades, el IAI sería un centro de investigación para la elaboración de la política mundial de Europa y para el estudio de los problemas inherentes a la construcción europea, «un seminario de intelectuales políticos y una máquina para conseguir que estos ejerzan influencia política» (*Diario*, p. 487).

Spinelli ocupó la dirección del IAI durante los cinco años siguientes, y en ese período el Instituto asumió la función de catalizador y promotor





de numerosas acciones políticas y reunió a investigadores y estudiosos que, desde entonces hasta hoy, han continuado con sus actividades de estudio. Fueron cuantiosos los viajes que Spinelli emprendió por todo el mundo para promover las iniciativas del IAI; fue a Estados Unidos, a América Latina y visitó buena parte de Europa.

En 1968, Spinelli recibió una nueva llamada desde la política nacional italiana. Pietro Nenni, líder del Partido Socialista Italiano, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores del gobierno presidido por el democristiano Mariano Rumor, y pidió la colaboración de Spinelli en calidad de consejero político. El formato de esta colaboración se basaba en el envío periódico, por parte de Spinelli, de cartas y reflexiones sobre los problemas que de vez en cuando se presentaban, sobre propuestas operativas y proyectos políticos que concernían, sobre todo, a la unificación y al desarrollo europeos. Desgraciadamente, esta relación fue tan políticamente intensa como breve, pues entre julio y agosto de 1969 el gobierno de Rumor cayó y se volvió a formar, si bien Nenni no volvió a ocupar la cartera de Asuntos Exteriores, de la que se hizo cargo Aldo Moro.

Este fue un duro golpe para Spinelli, que había depositado mucha esperanza en su colaboración con Nenni. Sin embargo, este pudo ayudar a Spinelli de forma inesperada, aunque fundamental, pues consiguió que fuese nombrado Comisario italiano de la CEE.

Era 1970, Spinelli llevaba a sus espaldas casi treinta años de compromiso político dedicado a la materialización de una Europa federal y entonces entró a formar parte en el sistema institucional comunitario, en el corazón de aquella Europa a cuyo nacimiento Spinelli había asistido y contribuido, aunque con fuertes reservas.

El 29 de junio de 1970, Altiero Spinelli llega a Bruselas, ciudad que se estaba convirtiendo en la capital y en el símbolo de la Comunidad Europea. Esta vez llegó como miembro designado por Italia en la Comisión ejecutiva y con la responsabilidad de un cargo institucional que, hasta entonces, nunca había desempeñado. Tres días más tarde, el 2 de julio, tras una reunión que duró hasta las dos de la madrugada, consiguió alzarse con el nombramiento en el ámbito de la política industrial y el emprendimiento; ya había delineado el programa sobre la base del cual desarrollaría sus acciones.

En el momento en que asumió el cargo de Comisario, Spinelli era perfectamente consciente de que, si surgiese una posible acción política a favor del desarrollo de las instituciones comunitarias (elección directa del Parlamento Europeo, independencia de la Comisión con respecto al Consejo), esta tendría que partir del seno de las propias instituciones.

Durante los seis años en los que se mantuvo en el cargo, desde 1970 hasta 1976, Spinelli, además de ocuparse del sector que le correspondía, el de la política industrial y el emprendimiento, participó activamente en la





elaboración de las principales políticas comunitarias. Hizo resurgir la acción institucional con el informe elaborado por el grupo presidido por el jurista francés Georges Vedel sobre los problemas que conciernen a la competencia del Parlamento Europeo y a la evolución institucional de la Comunidad, contribuyó a delinear una política ambiental a escala europea, enunció el problema de una política regional efectiva que se marcara como objetivo la igualdad entre las regiones, luchó por una política agraria que se basara en reformas de las estructuras y no de los precios.

Tuvo un profundo impacto la propuesta de política monetaria que Spinelli presentó en la Comisión en agosto de 1971, después de que el presidente estadounidense Nixon diera por concluidos los acuerdos monetarios de Bretton Woods, suspendiendo la convertibilidad del dólar y poniendo en peligro el principal resultado del vértice europeo que se había celebrado en La Haya dos años antes y que suponía el comienzo de los trabajos para la constitución de la unión económica y monetaria. Con un plan de actuación muy concreto y que, sobre todo, se adelantaba en el tiempo a la materialización de la moneda única, Spinelli propuso:

Reajustar la paridad entre las divisas comunitarias, crear una unidad de cuenta independiente del dólar [...] que más adelante se convertirá en la moneda única de la Comunidad, crear sin dilación un fondo de reserva destinado a ayudar a las divisas comunitarias que se encuentren en dificultades, establecer progresivamente los medios políticos y técnicos que permitan la concreción progresiva de la unión económica sin la cual la unión no será capaz de mantenerse. (Cit. *Diario*, 18 agosto 1971, pp. 199-200)

Sin embargo, todas estas propuestas encontraron con una barrera infranqueable en el Consejo.

Uno de los resultados políticamente más significativos llegó de la cumbre de jefes de estado y de gobierno que se celebró en París entre el 9 y el 10 de diciembre de 1974, donde se tomaron importantes decisiones de carácter institucional: el Parlamento Europeo se elegiría mediante sufragio universal directo a partir de 1978, los jefes de gobierno conformarían el Consejo Europeo, en el seno del cual se reunirían con una cierta frecuencia para abordar temas políticos que concerniesen a la Comunidad.

Spinelli, que sabía que las decisiones de los gobernantes nacionales condicionaban el futuro de las instituciones europeas, se apresuró tras la cumbre de París a exhortar a la Comisión para que asumiese «una función determinante desde el punto de vista ideológico y de la acción». Volvió a lanzar propuestas sobre la política monetaria y solicitó a la Comisión que se opusiese al método intergubernamental que hasta entonces se había usado y





del que partió la cumbre. Todas las propuestas se perdieron en la burocracia que envolvía a la Comisión.

Me siento deprimido y humillado por esta imbecilidad política de la Comisión. En ella no hay más que almas de burócratas. Son capaces de hablar bien de los informes individuales preparados por y con los funcionarios, pero no saben adoptar ningún tipo de visión política. (*Diario*, p. 294)

A pesar de ello, el proceso que llevaría a la elección directa del Parlamento Europeo se había iniciado, la inmensa mayoría de los europeos reconocía en las instituciones comunitarias —si bien eran incompletas y distantes— una realidad política sobre la que podían empezar a contar.

En la siguiente cumbre europea, que se celebró en Roma en diciembre de 1975, Aldo Moro, presidente de turno, anunció la convocatoria de elecciones al Parlamento Europeo para el verano de 1978, que se celebraron, efectivamente, solo un año después, en junio de 1979. Al mismo tiempo, en Roma se asistió por primera vez a una manifestación popular federalista que aunó a los representantes de todas las organizaciones federalistas y europeístas y a muchos jóvenes.

Para Spinelli, que treinta años antes había luchado para dar una legitimidad democrática a la Comunidad, la elección directa del Parlamento Europeo representaba el primer paso verdaderamente tangible hacia la unidad política de Europa.

Desgraciadamente, no tuvo tiempo de disfrutar de esta felicidad, puesto que el día anterior a la declaración de Moro, su mujer, Ursula Hirschmann, sufrió una hemorragia cerebral y tuvo que someterse a una operación de urgencia. Las graves condiciones en las que se encontraba su esposa y los consecuentes cuidados que precisaba, la consciencia de que las fuerzas que lo habían acompañado durante toda su intensa vida no eran las mismas con las que podía contar a sus casi setenta años determinaron que Spinelli decidiera poner fin a su compromiso como comisario y que cesase también su actividad política en el seno del movimiento federalista.

Y así ocurrió, al menos por lo que respecta a la Comisión, de la que se retiró en 1976. No obstante, el mismo año y de nuevo como consecuencia del extraño destino que guio su vida, alguien volvió a pensar en él para que diese su contribución a otra obra a favor de la causa europea; la última, pero la más importante e incisiva.

El 14 de mayo de 1976, mientras maduraba la idea de alejarse definitivamente de la escena política, Spinelli recibió en su despacho una llamada de Roma. Era el exponente socialista Antonio Giolitti, que le proponía presentarse como cabeza de lista de los socialistas a las elecciones municipales





de Roma con la promesa de que ocuparía el cargo de alcalde si la izquierda ganaba. Spinelli rechazó la oferta alegando que hasta entonces siempre se había ocupado de cuestiones europeas y que, sobre todo, las condiciones de salud de su mujer no le permitían comprometerse en empresas como esta.

Sin embargo, nadie se dio por convencido. Al día siguiente llegó otra llamada, en esta ocasión del comunista Giorgio Amendola, que en 1937 propuso la expulsión de Spinelli de su partido y lo logró. Amendola le ofreció que se presentara a la Cámara de los Diputados como independiente en las listas del Partido Comunista Italiano con el compromiso, en caso de que fuese elegido, de que sería nombrado miembro de la delegación italiana en el Parlamento Europeo. Esta vez Spinelli aceptó.

En las elecciones de 1976, el Partido Comunista Italiano obtuvo el 34,4% de los votos de toda Italia y fue la segunda fuerza más votada tras la Democracia Cristiana.

Spinelli fue elegido tanto en la circunscripción de Roma como en la de Milán y comenzó su vida de parlamentario nacional. En un primer momento, fue presidente del grupo mixto y después, tras la reelección de 1979 (una vez más como independiente en las listas de los comunistas), ocupó el cargo de presidente del grupo de la izquierda independiente que desempeñó hasta 1983, cuando decidió no volver a presentarse a las elecciones nacionales.

Como Spinelli aclaró en repetidas ocasiones, lo que le interesaba no era la política nacional. El 15 de octubre de 1976 por fin entró a formar parte del Parlamento Europeo con el grupo comunista e inauguró su cargo con un discurso de denuncia contra el inmovilismo político de la Comisión, incapaz de formular «propuesta operativa alguna, de la índole que fuese». Comenzó así su acción política en Europa, dirigida especialmente a otorgar más poderes al Parlamento Europeo con el objetivo de que el Parlamento mismo, en un período no demasiado amplio de tiempo, pudiese tener verdaderas funciones constituyentes.

En 1979 los ciudadanos de nueve países de la Comunidad fueron llamados por primera vez a las urnas para elegir a los cuatrocientos diez diputados del Parlamento Europeo. Altiero Spinelli recibió más de trescientos mil votos. Comenzaba su última batalla a favor de la constitución federal de los Estados Unidos de Europa, que culminó con el Proyecto de Tratado para la Unión Europea de 1984.

Dos meses antes de su muerte, en marzo de 1986, cuando ya se encontraba gravemente enfermo, Spinelli escribió:

Es necesario sentir que el valor de una idea se demuestra, antes incluso que por su éxito final, por su capacidad de resurgir de las derrotas que origina. A fin de cuentas, quien quiera que se proponga acometer una gran empresa lo hace para darles algo a sus contemporáneos y a sí mismo,





pero nadie sabe si en realidad trabaja para los demás o para sí mismo; o para los demás y para sus hijos, que han visto cómo construía y heredarán su legado; o para una generación más lejana que todavía no ha nacido y redescubrirá su trabajo inacabado para hacerlo propio; o para nadie.
(*La gota y la roca*)

Solo tras su muerte, Altiero Spinelli fue admitido en el panteón virtual de los padres de Europa, junto a Jean Monnet y Robert Schuman, que estuvieron en los orígenes del proceso de integración comunitaria —el primero como inspirador y el segundo como ejecutor—, pero también junto a los tres líderes nacionales de la «pequeña Europa», Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi y Paul-Henry Spaak. Estos seis personajes se aúnan en una abstracta coalición que conecta el universalismo católico de Schuman, De Gasperi y Adenauer, el cosmopolitismo laico de Monnet y el internacionalismo de matriz socialista de Spaak y Spinelli.

Entre los seis «padres» solo Jean Monnet y Altiero Spinelli enriquecieron las reflexiones sobre el orden europeo de la postguerra con la idea de una nueva forma de compartir las soberanías nacionales cercana a la que se llevó a cabo poco más de ciento cincuenta años antes en las trece excolonias británicas de América del Norte, y desarrollaron este pensamiento mientras los ejércitos de Adolf Hitler y de Benito Mussolini ocupaban casi todo el continente europeo.

Altiero Spinelli, en el ámbito de la organicidad cultural y política del Manifiesto de Ventotene, y Jean Monnet, en el contexto de las reflexiones dedicadas principalmente al futuro de Francia en Europa, llegaron a la conclusión —el primero de ellos junto a Ernesto Rossi en el invierno de 1941 y el segundo durante su exilio en Argel en 1943— de que la democracia terminaría por prevalecer sobre los totalitarismos pero, a pesar de ello, su solidez y la paz duradera estarían indisolublemente ligadas a la construcción de una Europa federal.

Cabe hacer hincapié en que el texto inicial de la Declaración Schuman de 1950 no hacía referencia a la perspectiva federal, mientras la versión final corregida por Jean Monnet indica que la fusión de las producciones europeas de carbón y de acero será «la primera etapa de la Federación europea» y que la propuesta de Francia constituirá para los países que se adhieran «el primer núcleo de una Federación europea indispensable para el mantenimiento de la paz».

Político tenaz y dotado de una extraordinaria capacidad de motivar a aquellos que trabajaban a su lado, el comisario Spinelli (1970-1976) fue el intérprete más eficaz de una Europa que había logrado alcanzar ciertas metas y a la que hoy le resulta difícil afirmarse frente a la impotencia de los estados nacionales. Al conjugar la visión de Willy Brandt de una política de la sociedad europea más allá del Mercado Común y su convicción de una





Comisión con funciones y capacidad gubernativas, el comisario Spinelli puso en marcha las primeras acciones comunes en los sectores del medio ambiente, la investigación, la industria y la cultura materializando su *aventura europea*, como reza el título de la obra colectiva en la que participó para explicar las razones y el contenido de sus acciones.

Sus intervenciones en el Parlamento Europeo (1976-1986) son la mejor prueba de que Spinelli dedicó su vida a *una sola causa*. El proyecto del tratado que instituye la Unión Europea sigue representando hoy en día el punto más avanzado de reflexión y de propuesta de un nuevo orden constitucional europeo, que conjuga a la vez aspectos metodológicos esenciales (el proyecto para un nuevo tratado elaborado con medios democráticos y que sustituye integralmente el conjunto de tratados existentes) y de contenido (el principio de subsidiariedad, el reparto de competencias entre estados y Unión, la jerarquía de las normas, la personalidad jurídica de la Unión, la función gubernativa de la Comisión, la consideración equivalente del Parlamento y del Consejo, la ciudadanía de la Unión, la política social, la moneda única, la igualdad financiera, la integración diferenciada, la Unión entre los pueblos y los estados que deseen unirse...).

Con total lucidez, Spinelli predijo que si el Parlamento Europeo no era capaz de defender, como si de un partisano se tratase, su tratado, este acabaría como el enorme pez que capturó el viejo pescador de Hemingway.

El federalismo, como la Unión Europea según una definición que de esta dio Jacques Delors, es (y sigue siendo) un objeto difusamente identificado porque se define con una etiqueta que se aplica tanto a teorías muy distintas (y en ocasiones incluso opuestas) como a sistemas constitucionales inter o intraestatales que se refieren a modelos divergentes por lo que respecta a la subdivisión de poderes y competencias.

Piénsese, por citar por ejemplos teóricos, en las *Ideas y formas del federalismo* de Daniel J. Elazar, que inspiraron en Italia el proyecto pseudofederalista de Gianfranco Miglio que fue, a su vez, inspirador de la Liga Norte; o en el federalismo ideológico del filósofo político Mario Albertini que, partiendo del pensamiento spinelliano del Manifiesto de Ventotene, se alejó de sus orígenes al desarrollar las reflexiones sobre la paz de Kant y los presupuestos de Proudhon por lo que concierne al vínculo entre Estado y nación. Albertini puso los cimientos de una escuela que desembocó en el MFE, la organización federalista más importante de Europa.

Piénsese igualmente, por citar otros ejemplos extremos, en el modelo disgregador infraestatal defendido en Italia por la Liga Norte, o en España por los movimientos independentistas catalán y vasco, o en Bélgica por el Vlaams Belang, o en el Reino Unido por el partido independentista escocés, o en las recientes tendencias secesionistas de la CSU bávara («Bayern kann es auch allein» según la propuesta de Wilfried Schamagl), o en el modelo integrador





y constitucional europeo de Altiero Spinelli que, inspirándose en los aspectos estructurales del federalismo estadounidense, proponía la organización del pluralismo en una unidad de ámbito europeo que posteriormente adquiriese dimensiones mundiales.

Piénsese en las sustanciales diferencias constitucionales entre las distintas formas de estados federales interestatales que existen en el mundo (Estados Unidos, Canadá, Australia, Bélgica, Suiza...) cuyas modalidades de funcionamiento estudió con minuciosidad el Comité para la Constitución Europea, creado en los albores de los años cincuenta por el Movimiento Europeo Internacional con la convicción (errónea) de que, en un plazo breve de tiempo, el proceso de integración comunitaria desembocaría en una realidad federal.

La solución federal global o el método integrador constitucional propuesto por Altiero Spinelli nunca han llegado a experimentarse de verdad, aunque determinados aspectos en el proceso de integración —y de manera especial la moneda única, el euro— tienen más que ver con un modelo federal que con un modelo comunitario, pero ello se debe a que el sistema europeo se ha desarrollado insertando en el engranaje comunitario piezas pertenecientes al modelo federal.

Entre estos injertos se encuentra el Parlamento Europeo, elegido por sufragio universal y directo y que se ha ido dotando gradualmente de poder presupuestario (dentro de los límites de un techo de gasto exageradamente bajo que fijan los gobiernos excluyendo a la asamblea parlamentaria de la toma de decisión sobre los ingresos), de control político de la Comisión y de un proceso de toma de decisiones legislativas junto al Consejo en un número determinado y limitado de materias. Otros ejemplos son el Banco Central Europeo o el Tribunal de Justicia de la Unión Europea cuando actúa como si se tratase de un tribunal constitucional federal para tutelar la prioridad del derecho comunitario sobre el derecho individual de cada Estado.

Del mismo modo que el fantasma del comunismo de Karl Marx, Spinelli solía decir que el modelo federal recorría y sigue recorriendo Europa cada vez que surge la necesidad de dotar a la dimensión interestatal de una autoridad política que vaya más allá de la (in)capacidad de toma de decisiones en el ámbito estatal.

Al contrario de lo que venía a decir el modelo de gradación constitucional, la crisis económica que golpeó la Unión desde 2008 y el desafío más reciente de las olas migratorias provenientes de países en guerra y de zonas asoladas por las hambrunas han contribuido a insuflar en el mecanismo comunitario elementos disgregadores que, por primera vez, han provocado riesgos de reversibilidad del proceso de unificación del continente.

La presencia de estos elementos disgregadores ha debilitado progresivamente la fuerza positiva y ha aumentado el número de euroescépticos que han





creado en todos los países miembros, sin excepciones, movimientos políticos declaradamente hostiles en relación con la Unión y que ya se han demostrado mayoritarios en Polonia y en Hungría.

Si se analizan con atención las modalidades con las que se ha llegado a actuar en materia económica y monetaria (el Pacto Fiscal Europeo, el *Six Pack*, el *Two Pack*, el Semestre Europeo el Mecanismo Europeo de Estabilidad, la Troika...) o los acuerdos sobre el reparto de migrantes, se llega a la conclusión de que no se trata de consecuencias del federalismo jurídico, sino de una variante perversa del modelo confederal. En este sentido, las decisiones corresponden a un conjunto de gobiernos asociados, de modo que estas se toman aparentemente en el ámbito del consenso de unos jefes de Estado y de gobierno (el Consejo europeo) en cuyo seno —al no aceptarse el liderazgo de un gobierno común— rige fisiológicamente un sistema de mando que recae en los gobiernos más poderosos.

Es aclarador en este sentido leer lo que Tocqueville escribió en *La democracia en América* acerca de la diferencia entre una confederación y una federación:

En todas las confederaciones el gobierno federal satisface sus propias necesidades apelando a los gobiernos locales. Cada vez que a uno de estos no le agradan las decisiones adoptadas puede eludir la necesidad de obedecerlas [...], como consecuencia, se presenta siempre uno de estos dos casos: el Estado miembro más poderoso asume las prerrogativas de la autoridad federal y termina dominando en nombre de esta al resto de miembros o el gobierno federal termina por abandonarse e ir a la deriva, de modo que entre los confederados reina la anarquía y la Unión pierde su poder de acción.

La teoría del Estado federal, que nació con la formación de los Estados Unidos de América, no ejerció influencia en Europa, donde el Estado-nación determinó el camino del continente a partir del siglo XVII aunque, en la mayor parte de los casos, el Estado fue quien creó la identidad nacional y solo en los casos de Italia y Alemania fueron las identidades nacionales las que crearon el Estado.

Con la excepción de Suiza, admitía Spinelli en 1978:

Las ideas federalistas eran ajenas a la cultura política, a las costumbres, al lenguaje político corriente de todos los gobernantes, de todos los parlamentarios, de todos los partidos, de todos los periodistas de Europa. Resultaba muy fácil decir que se estaba a favor de los Estados Unidos de Europa, a favor de un gobierno europeo, pero en cuanto estas fórmulas abstractas debían concretarse en acciones políticas encaminadas a la materialización de este objetivo las voces balbuceaban, las mentes se





ofuscaban, la voluntad flaqueaba, ya que se trataba de algo radicalmente nuevo y, por ende, no solo seductor, sino también inquietante.

Ante el enfoque funcionalista, Altiero Spinelli siempre esgrimió la convicción de que se podían unificar eficazmente, de forma duradera, gradual e independiente los distintos sectores de la vida estatal (la economía, la moneda, la política exterior, la defensa...) dejando para la última instancia la creación de un poder democrático y federal. A esta postura y tras tomar conciencia del fracaso del proyecto revolucionario anunciado por el Manifiesto, contraponía un enfoque constitucional que consistía en la reivindicación de una constitución europea según un modelo federal y de una asamblea de carácter parlamentario como espacio político para su elaboración.

De forma coherente con esta concepción, el proyecto del Parlamento Europeo, aprobado el 14 de febrero de 1984, antepone la concreción de la unidad política europea a la unificación económica y monetaria, al contrario del Tratado de Maastricht que, lejos de constituir el embrión de un poder federal europeo, antepuso la materialización de la unión monetaria a la finalización de la unión económica y dejó sin determinar los pasos que había que dar en esta dirección tanto en el contenido como en los plazos.

El sistema europeo que nació con los tratados de Roma de 1957 parecía inapropiado para salir de estas crisis contemporáneas, pero ningún gobierno nacional ni tampoco la Comisión, débilmente guiada por el luxemburgués Gaston Thorn, se mostraron conscientes de esta laguna. Es más, respondieron con desprecio a la petición del Parlamento de dotar de capacidad fiscal al Sistema Monetario Europeo, con lo que confirmaron un presupuesto europeo inerte y reconocieron la legitimidad del chantaje británico de Margaret Thatcher («quiero que me devuelvan mi dinero»).

El Parlamento Europeo fue elegido directamente por los ciudadanos por primera vez en junio de 1979, veintiún años después de la entrada en vigor de los tratados de Roma, que preveían la elección por sufragio universal e introducían un embrión de democracia representativa.

La inmensa mayoría de los diputados elegidos no se planteaba la posibilidad de que la asamblea tuviese que asumir a lo largo de la legislatura una función constituyente ni que, por ende, debiese ir más allá de los tratados para proponer revisiones. Pensaban, en cambio, que los tratados estaban llenos de posibilidades que aún se podían aprovechar en las instituciones europeas.

El choque de diciembre de 1979 entre el Parlamento y el Consejo acerca del presupuesto del año siguiente en lo que concernía a la cantidad y la calidad de los gastos se concluyó en mayo de 1980 con la victoria del Consejo (gracias a la postura cómplice de la Comisión de Thorn), lo que hizo evidente la inconsistencia en las funciones de una asamblea que se demostraba casi exclusivamente consultiva.





El paso de esta demostración a un acto de voluntad política parlamentaria no era evidente, como se evidenció en junio de 1980 a raíz del debate en la cámara sobre el acuerdo del Consejo en materia presupuestaria y del mandato del 30 de mayo de 1980 del Consejo Europeo a la Comisión «sin cuestionar la responsabilidad financiera de las políticas europeas ni los principios fundamentales de la PAC [...] para evitar que se materialicen situaciones inaceptables» para cualquier país miembro (es decir, para el Reino Unido).

Este paso no habría sido posible si entre los diputados europeos no hubiese figurado Altiero Spinelli, elegido como independiente en las listas del Partido Comunista Italiano, que contaba con un programa coherente con las elecciones constitucionales y constituyentes que, en vano, trató de que adoptara la Comisión Europea en el ámbito del debate que surgió cinco años antes a raíz del informe elaborado por orden del primer ministro belga Leo Tindemans.

Spinelli describió en los siguientes términos la situación europea el 21 de junio:

Es necesario admitir la existencia de problemas comunes; es necesario reconocer la necesidad de aportar respuestas comunes. La capacidad de formular estas respuestas en una entidad política europea y en una entidad administrativa europea existe, pero los procedimientos hacen difícil —si no imposible— la elaboración de la concepción europea y la formación del consenso europeo, mientras que estos mismos procedimientos exaltan las preparaciones nacionales y favorecen la formación de consensos internos con respecto a los problemas.

Sobre la base de un pensamiento que podríamos denominar cartesiano, Spinelli indicó en su discurso el contenido esencial del proyecto, del método y de los pasos que se debían seguir.

El discurso no despertó gran interés, puesto que la mayor parte de los populares, socialistas y liberales estaban preocupados por el riesgo que podía derivar de la puesta en tela de juicio del difícil acuerdo alcanzado entre los gobiernos en aquellos puntos en que, con mayorías variables, estaban presentes las tres familias políticas. Esto obligó a Spinelli a transformar su discurso en una carta que el día 25 de junio se envió a todos los diputados europeos. Esta carta inauguró la acción constituyente y constitucional que, a través del Club del Coccodrillo, forzaría al Parlamento Europeo a aprobar el 14 de febrero de 1984 el Tratado que instituye la Unión Europea.

Altiero Spinelli había escrito en 1955:

Evidentemente, no basta con que un ordenamiento [federal] tenga méritos intrínsecos. Para que se materialice en una civilización moderna es necesario que alrededor de él se pueda contar con fuerzas vitales impo-





nentes dispuestas a apoyarlo permanentemente y que no estén destinadas a disolverse rápidamente. Estas fuerzas tienen que sentir la necesidad de ese ordenamiento para hacerse valer, de modo que estén dispuestas a actuar para mantenerlo en vigor. Sería inútil erigir un edificio que nadie estuviese dispuesto a conservar después aunque alguna coyuntura favorable pusiera a nuestra disposición los medios necesarios para construirlo.

Cada día que pasa la realidad muestra con más fuerza y de manera más dramática que no hay alternativa a la unidad política de Europa si se pretende consolidar la secesión secular con oriente y con el Mediterráneo. Para construir esta alternativa urge una «operación de verdad» dirigida por un potente movimiento de opinión que vaya mucho más allá del asociacionismo europeísta, una alianza de innovadores que nazca del mundo de la economía y del trabajo, de la cultura y de la investigación, de las organizaciones juveniles y del voluntariado y que implique a todos aquellos que viven la utilidad de la integración europea y pagan las consecuencias de los costes de esta *no-Europa*.

Febrero de 2019

